

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año XII

Mahón 29 de Mayo de 1936

Núm. 610

El maldito vicio

Agustín tiró la última carta y murmuró:

—Efectivamente, tengo hoy mala suerte, llevo perdidas más de treinta pesetas.

—Lo siento—replica su afortunado compañero—, la fortuna me ha favorecido hoy a mí. Lo único que le puedo ofrecer es la revancha.

Agustín mira recelosamente el reloj, que termina de dar las diez, piensa en su mujer y su hijo que le estarán esperando, vuelve a mirar a su compañero, que le sonríe mostrándole las cartas que se le ofrecen tentadoras y le atraen cual imán.

El otro jugador hace tintinear el dinero ganado, y eso termina de decidir al infeliz.

Piensa: Si le ofrecen la revancha, claro que la tiene que aceptar, a lo mejor rescata lo perdido y podrá entregar a su esposa el semanal entero; y si a más de recuperar las treinta pesetas gana otras tantas más... ¡oh, entonces!... Y no piensa el pobre vicioso en lo que sucedería si perdiera las pocas que le quedan.

—Bien, acepto—dice barajando las cartas, mientras los ojos le brillan de emoción.

Pasan las horas, la atmósfera del café se va cargando de humo y de olor a bebidas. Agustín va jugando maquinalmente, tiene la boca seca, una especie de modorra le enturbia los ojos y va vaciando hasta el último céntimo que le queda en su raído bolsillo.

—Bien amigo—le dice su compañero levantándose—, no tiene usted la suerte a su favor, mañana será otro día.

Agustín no contesta, acaban de dar las tres de la madrugada y piensa en el espectáculo que habrá en su casa. El ansia de la esposa esperándole, el llanto del hijo y el disgusto cuando lleguen y comprueben que no lleva ni un céntimo.

Apoya su cabeza sobre los brazos tendidos en la mesa, y queda así incapaz de levantarse, incapaz de hacer frente a las horribles consecuencias que le ocasiona el vicio que le domina.

Quién sabe el rato que así hubiera pasado a no ser que entra su cuñado en el café y le golpea levemente la espalda.

—Agustín, ¿qué haces aquí? Asunción está llena de angustia.

—Hola, Simón, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. Vamos, anda.

Y cogiendo del brazo a Agustín lo hace salir del caté.

—¿Hacia dónde me llevas? ¿No vamos a mi casa?—dice éste al ver que Simón lo hace andar por diferentes calles que las que conducen a su domicilio.

—No, vamos a la mía. Irás a la tuya cuando Asunción y el niño ya no estén allí.

—¿Qué quieres decir con esto? Dime, ¿qué quieres decir?

—Escúchame, Agustín, y escúchame bien—contesta el cuñado entrando en su casa—. Yo no soy partidario del divorcio ni hubiera permitido que mi hermana apelara a él sin haber motivos muy justificantes; pero, habéis llegado a un extremo que he sido yo el que he pedido a Asunción que lo haga para bien de ella y de su hijo.

—¿Simón!

—Déjame terminar. Al casarse te la entregué contento y satisfecho creyendo que la ibas a hacer feliz. Ella te quería con locura y tú parecías corresponderla. ¡Aún la veo con su vestido blanco y su carita llena de gozo! ¡Qué cambiada está ahora! ¡Cómo me la has transformado! No hace apenas tres años que era una niña traviesa e inocente y ahora es una mujer con el alma amargada. Y todo eso lo has hecho tú, tú que no teniendo ni consideración al hijo que Dios os quiso dar, te has dejado arrastrar por el juego, por ese maldito vicio que te lleva a jugar el pan de tu familia, a comprometer tu nombre en deudas innecesarias y a arruinar tu vida y la de

los que te rodean. ¿Crees tú que puedo consentir que mi hermana se pase la noche en vela esperando al marido que se está jugando el sustento de su hijo?, ¿crees tú que puedo consentirlo? No, Agustín, no; te he avisado demasiadas veces y no me has hecho caso. Ahora ya no te aviso, sólo te digo apelando a tus buenos sentimientos que para el bienestar de tu esposa e hijo consentas en el divorcio.

—Simón, ¿es posible?—la frente de Agustín se perla de sudor—. No, no, yo no pueda creerlo, Asunción no puede abandonarme ahora que tanto la necesito.

—¿Con que ahora que la necesitas no puede abandonarte? ¿Y cuando te necesitaba ella a ti, vacilabas en hacerlo tú? Mira, Agustín, la peor ofensa que se puede hacer a una mujer es abandonarla moralmente.

—Yo no la quería abandonar, Simón, yo siempre la he querido. Era el juego, ese maldito vicio que me hacía separar de ella, es como si por una pendiente inclinadísima te empujaban y te hicieran rodar hacia abajo, sintiendo el vértigo de la velocidad...

—Yo no puedo dejar a mi hermana en poder de un hombre que se deja arrastrar fácilmente por fuerzas que le empujan.

—Eres duro conmigo.

—Soy justo con ella.

—¿Y si yo te prometiera... si yo te jurara por la salud de mi niño que no volvería a reincidir...?

—¡Tantas veces has jurado!

—Ninguna como ésta, había oído cosas tan horribles, ninguna como ésta, me habías hablado tan cruelmente, ni nunca me habías dado cuenta de la razón que tienes...

—Agustín, si yo te diera lo que has perdido esta noche—dice Simón emocionado—más quince pesetas para que dijeras a Asunción que has trabajado hasta ahora, ¿volverías a jugar?

Los ojos de éste se animan y se dirigen implorantes hacia su cuñado.

—¡Si tú hicieras eso! Pero, tú no puedes hacerlo, tú necesitas dinero...

—Yo te lo doy a cambio de lo dicho.

—¡Simón, yo te lo juro!

Momentos después sale de la casa de Simón, dirigiéndose a la suya Agustín, cuyo corazón da vuelcos de emoción.

Al subir las escaleras tiembla, piensa en lo que sucedería si al llegar arriba Asunción no estuviese, si encontrara la casa vacía y fría... se estremece al llamar al timbre, mas se repone al oír pasos que salen a abrirle.

—¡Asunción, vida mía!

Y con ansia abraza a la esposa que lo contempla con ojos asombrados y llorosos.

—Agustín—solloza—, ¿dónde has estado?

Este vacila ante la mentira, más al ver el ansia de su mujer, decídese:

—He trabajado hasta las tres, Asunción, teníamos mucha faena y no he podido avisarte. Aquí te traigo el semanal y unas cuantas pesetas más por el extraordinario de hoy.

—¡Qué alegría, que alegría! Creía que habías ido a jugar y te habías olvidado de mí... He padecido más, pasé toda la noche llorando, más ya no lloro. ¡Ah, qué contenta estoy que no hayan sido ciertos mis temores.

—No, no lo han sido, ni nunca más volverás a tenerlos. Se terminó el maldito vicio.

Y Agustín estrecha entre sus brazos a la mujer que se refugia en los suyos llorando de felicidad.

M. LLONCH PEREZ

PENSAMIENTOS

Decir guapa a una mujer engreída, es ayudarle a labrar su desdicha.

¿Felicidad? Ideal por el que el ser humano gasta inútilmente su vida.

Donde muere un afecto nace un rencor.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(95)

eromas, como una afirmación contundente de la actividad vital de los seres.

Obscurecía. El cuarto comenzaba a envolverse en sombras apenas esclarecidas por la tenue luz sideral, Fernando soñaba cosas inefables y sagradas y Gloria seguía inmóvil, acudada en el balcón, quizá soñando quimérica, presa de la misma ardiente fiebre de él, quizá irreflexiva, sumiéndose en un éxtasis de artista ante las mil bellezas que la Naturaleza la brindaba en aquella hora grande de paz y de misterio. Una guitarra tañía allá, muy abajo; una voz cantaba desgranando una granadina, como en un ilorito.

Fernando sintió un nuevo estremecimiento de nerviosidad. Aquella voz quejumbrosa que lloraba cantando, tuvo el poder de volverle a la vida y, determinado a todo, alzóse del sillón arguyendo el hermoso cuerpo en toda su viril arrogancia. No era ya el enfermo.

A la sazón fuerte, sano, equilibrado, acorazado por un gran amor muy puro, muy espiritual, pero muy humano a la vez, iba a luchar, a conquistar, ¿quién sabía si a vencer?

Miró a Gloria que continuaba inmóvil. Se acercó a ella. Entonces asombrado, perplejo, se detuvo.

Por el movimiento uniforme y convulsivo de sus hombros conoció que lloraba, que sollozaba silenciosa.

Lo que él creyó contemplación indiferente y éxtasis artístico, era una concentración dolorosa en sí misma. ¿Por qué lloraba Gloria? ¿Qué gran dolor la traía su vuelta? ¿Era acaso emoción, tal vez alegría?

Una ansiedad horrible torturaba al Conde. Además, aquellas lágrimas le trastornaban. Vencido, lleno de una piedad intensa, acercóse a ella tan prístamente, que su aliento acarició las mejillas de la hermosa, y dijo con triste voz de amoroso reproche:

—¿Tanta pena le causa mi regreso? Ella movió en sentido negativo la cabeza y redobló sus sollozos, intentando en vano comprimirlos con toda la energía de su voluntad.

Fernando, comprendiendo todo el valor de aquellas lágrimas dejolas correr, limitándose a mirar a la muchacha con un hondo enternecimiento. Reinó el silencio. La guitarra lejana dejó de tañer; la voz plañidera enmudeció y en cambio un ruseñor que

tenía el nido entre unos olmo cercanos, rompió a cantar con una armonía muy dulce unos trinos complicados.

Gloria se volvió lentamente y fijó en el señor de Fenollar una larga mirada. Este momento en que sus ojos por vez primera se entregaron, Fernando vivió con ansia de avaro, saboreando el minuto adorable en que el amor aún no expresado se siente alestar en torno del corazón vencido.

—¡Gloria!—murmuró con pasión—. ¡Mirame, alma mía!

Pero Gloria había huido otra vez la negrura de terciopelo de sus pupilas, hundiéndolas deslumbrada de dicha y de amor en la belleza de las lontananzas indecisas.

La luna comenzaba a elevarse; el día agonizaba con reflejos rojos. Una campana tañía el toque del Angelus.

—¡Gloria, Gloria...! Mira que vengo desde muy lejos para buscar la verdad en tus ojos. ¡Déjame que lea en ellos! La muchacha, subyugada, abrió sus grandes ojos lentamente, con una mirada casta y tierna, que cantaba a la vez el amor y la pureza de su alma.

El Conde hundió en la hondura dulcísima de estas pupilas sus ojos brillantes, llenos de una dulzura penetrante y acariciadora... Gloria, deslumbrada, volvió otra vez lentamente la cabeza hacia el campo.

—No me huyas; dime si es verdad

lo que yo leo en tus ojos... ¡Oh, si me equivocase...!

—No, Fernando, no te equivocas. Lo que lees, es lo que hay escrito en mi corazón.

—¡Te adoro...!—murmuró fervorosamente él, besando lentamente la fina y blanca mano.—¿Tú lo sabías verdad? Supiste adivinar mi amor en aquella fuga cobarde, en mi silencio ingrato, en mi vuelta insospechada ¿no es cierto? Ya ves si es grande que ha sido más fuerte que mi orgullo; que ha saltado por encima de los argumentos que mi dignidad y mi conciencia me presentaron sahumados aún de tontos y necios prejuicios. Porque, al fin, Gloria, yo soy casi un miserable a tu lado, al lado de unos millones que tantas veces he maldecido... Y a cambio de ellos sólo puedo ofrecerte, con toda la devoción de mi alma, unos pergaminos que otra miraría con desdén y que tu espíritu noble sabe respetar y sabrá honrar como se honra una cosa sagrada... ¡Nunca los he amado tanto como ahora y es porque los voy a poner a tus pies... ¿No crees conmigo, Gloria, que serás una encantadora condesa de Fenollar?

Hablaba bajito, con esa elocuencia atropellada propia de esos momentos en que pasada un tanto la emoción, quiere decirse algo de lo mucho que se ha estado callando largo tiempo. Fernando Cortezo dudaba de su ventura... ¿Era él, él quien estaba tan cer-

ca de aquella criatura ideal, verdadera quimera de su vida en aquellos últimos tiempos?

Mirando extático el perfil delicioso de Gloria, sus cabellos alborotados y rizosos, la línea perfecta de su cuello de estatua que surgía precisa del marco cuadrado del escote, con una larga mirada contemplativa díjola ardientemente:

—¿Hace mucho tiempo que me quieres?

—¿Quererte?...—suspiró Gloria—No sabré decirte. Mucho antes de conocerte personalmente había visto un retrato tuyo en el gabinete de tu madre. Desde aquel día en mis ensueños locos de muchacha romántica, aplacaba tu cara, tus rasgos y tu figura al novio futuro, desconocido e imaginario. Después te conocí... Aun recuerdo el gopetazo de emoción que sentí cuando Ardieta nos presentó en el salón de los Tapices...

—Cerrando los ojos, aun te veo yo como te vi aquella noche cen el traje que era encima de tu cuerpo una obra de arte—murmuró el Conde lentamente.—Recuerdo la serenidad de tus ojos, el bien que con tus miradas tan francas y tan dulces me causaste... Yo tenía miedo, miedo de sorprender en tus ojos una expresión piadosa y despectiva para el pobre enfermo... casi un desahuciado... ¿No tuviste en aquel momento, lástima de mí?

La Moda en París

Las colecciones de entretiempo desfilan en este momento ante nuestros ojos. Están llenas de ideas divertidas, de detalles ingeniosos; pero no dan, acerca de la evolución general de la moda, sino una sola indicación importante, a saber: una tendencia neta hacia el talle alto y por consiguiente, una acentuación del busto que, a veces, nos sorprende.

¡Vamos, acaso, hacia los encantos «opulentos» y las mujeres que se han torturado durante años, con sus dietas adelgazadoras, vendrán ahora obligadas a ponerse a un régimen a ultranza de pastas abundantes y de bombones a grandes dosis? Creo que sería prematuro considerar semejante eventualidad, pero es evidente que la moda actual coloca pliegues y frunces en el delantero del corpiño, haciendo valer el busto tanto más cuanto que el tejido está como pegado al talle por medio de pinzas bien dispuestas. No me extrañaría nada, por lo tanto, que estuviésemos en vísperas de un cambio muy importante de la silueta, pero resulta difícil decir si ese cambio irá hacia el imperio o hacia 1895. Por mi parte, opino más bien hacia el imperio, sobre todo después de haber visto la nueva colección de Schiaparelli. Aquí, las chaquetas de los «sastres» muestran también un movimiento de talle alto y los abrigos rectos tienen una sección cuadrada que es absolutamente de época.

Las túnicas son muy diferentes de las de Maggy-Rouff o Alix. Son rectas, sin la menor amplitud, muy a menudo abiertas por delante. El tema favorito para la noche consiste en esto: el vestido está descotado en redondo, la cintura colocada bastante alta; la túnica, lisa y completamente abierta por delante, descendiendo; pero puede a voluntad subirse para formar efecto de capa sobre los hombros. ¿Habéis podido entenderme? En suma, hemos visto a veces en el campo, a las aldeanas, en un día de tormenta, levantarse la amplia falda sobre la cabeza con gesto casi idéntico. Las túnicas de Schiaparelli están, además, ribeteadas de un ancho «bien» de tono opuesto al conjunto: violeta y rojo, por ejemplo.

Junto a esos vestidos, muy nuevo encontramos otros, hechos en organdí o en linón, de una frescura adorable. Me ha gustado particularmente un traje de muselina blanca, cuya falda larga está hecha de «panneauz» ensanchados en el bajo y sujetos en cada costura por ribetes de la misma tela. En la cintura, un ancho medallón de rosas añade su nota estival, y las manguitas son ahuecadas. No se podría encontrar vestido más encantador para una jovencita.

Los sombreros están adornados con flores, pero con mucha originalidad; una rosa de Francia, de tallo muy largo, se coloca de través en una forma pequeña de paja negra; la flor sobresale y cae muy bajo, a un lado, mientras que el tallo sube alto en el otro, como lo haría una pluma cuchillo. La idea ha gustado y no ignoráis que respecto a los sombreros, la influencia de Schiaparelli es tan grande como en relación a los vestidos.

El otro modisto de vanguardia es, según ya sabéis, Alix. Esta joven artista se ha afirmado desde hace tres años con tal autoridad que sus colecciones se aguardan siempre con gran impaciencia. Este año estamos aquí bajo el signo de la amplitud: los abrigos, apretados al talle, se expanden en el bajo, mientras que en lo alto las

vuelvas se reemplazan por cuellos que unas veces son de «godets» y otras redondos y aplastados. Noto divertidos efectos de colorido: un abrigo rojo enteramente, ribeteado con cordón azul; un traje negro, que completa con elegancia estrecho cuello bordeado de «renard argenté»; una chorrera de perlas multicolores pone un detalle brillante.

Para noche cada vestido está acompañado por un abrigo semilargo, muy ajustado al talle y cuyos faldones se ensanchan tanto que es preciso, a veces, mantenerlos por medio de un cerco o de un «biés» rígido. Los vestidos, por el contrario, son rectos y finos, para acentuar el contraste, y sólo un drapeado sobre el pecho da una nota personal. De este modo, me he fijado en dos conjuntos de gran estilo: uno compuesto de «jersey d'albene» azul oscuro, muy ajustado y largo; un fruncido adorna la parte alta y sobre esta sencillez, la sorpresa suntuosa de un abrigo de tisú persa, azul y oro, cuyo faldón rígido se separa en grandes «godets».

El segundo conjunto es enteramente de terciopelo negro, y la chaqueta, siempre con la misma línea, baja hasta las rodillas. La amplitud de la misma, que se mantiene por un cerco, al levantarse en cada movimiento, deja ver el forro, de terciopelo azul claro. Evidentemente, estos trajes no serán escogidos sino por mujeres muy elegantes que no temen la originalidad; pero necesita la moda de París, modistos que se atrean a idear semejantes modelos, indiscutiblemente marcados por el signo del talento y las bellas que han de lucirlos. Toda la colección no está, sin embargo, concebida en este estilo. He visto sobre un traje negro una chaqueta de raso estampado, de inspiración netamente indochina, y a su lado un admirable vestido «a la antigua» de «jersey» blanco, muy fruncido delante, que resultaba muy armonioso. Os hablaré en mi carta próxima de los modistos más prudentes; pero es interesante conocer ante todo las audacias, pues se las vuelve a encontrar, más modestas y transformadas, a la estación siguiente, en la mayor parte de las otras colecciones.

MARTINE RENIER

(Redactora jefe de «Femina»).

Temas femeninos

Al salir del comedor alegres y confortados, después de haber gustado una comida higiénica y sabrosa, nuestro pensamiento, sin que podamos detenerlo, vuela hasta la cocina, pieza en donde han sido preparados los manjares, y por esta razón una de las más importantes en el interior de las familias.

¡Con cuánta poesía y con qué sentida emoción describe el célebre historiador de la pasada centuria, Julio Michelet, el papel de la madre de familia que con amor y arte consumado, prepara para su marido y sus hijos el alimento que sirve para conservarles la vida! Las líricas frases, más que una pintura en ricos colores de la escena familiar, son encendido y fervoroso himno cantado en honor de la que con su abnegación y sabiduría hace posible se continúe el milagro de la creación... Esto es hermoso; pero hemos de reconocer que la mujer, por regla general, no está suficientemente preparada en las artes del hogar. Tal vez la educación presente, acuciada con la solución del problema, difícil de resolver, para

dar a la bella mitad del género humano un medio de vida con que subvenga a sus propias necesidades, sólo atiende, en la adquisición de conocimientos, a ese fin inmediato, y, con grave perjuicio de la educación integral femenina, deja a un lado todo cuanto con la verdadera formación de la perfecta ama de casa se relaciona... La mujer no sabrá luego inspeccionar convenientemente la tarea, que no debe abandonar por completo en manos mercenarias, ni se hallará, en estos tiempos de crisis económica, capacitada para dirigir las labores de la cocina. Ciertamente es que hay muy buenos tratados culinarios que le pondrán enseñar la manera de condimentar las viandas, pero esto no es suficiente, pues a su lado existe todo un pequeño mundo imperceptible que estriba en una serie de principios y leyes aplicadas al hogar, convirtiendo la labor de la ama de la casa en una cosa seria y concienzuda, conforme en un todo con lo que de ella exigen la economía y la higiene domésticas.

Se aprende esta ciencia en las escuelas del hogar que deseáramos ver multiplicadas. ¿Esperaremos para ello, tal vez, a que las mujeres que bullen hoy en la cosa pública, sintiendo por un momento como tales mujeres, apague el odio que arde en sus corazones y fijen la atención en estos y otros angustiosos problemas femeninos?...

Pero nos hemos alejado demasiado de la cocina. Pieza que debe ser alegre, luminosa, bien aireada y limpia sobre todo, como pueda serlo el comedor.

Para la orientación quieren los higienistas que se prefiere el norte o el saliente, a fin de que ni las personas ni los alimentos sufran demasiado con el calor del verano unido al de los hornillos.

El ideal de toda cocina sería la aplicación de la electricidad, pero resulta hoy un medio excesivamente caro, y por eso se emplean con preferencia el gas y el carbón mineral. En este último caso ha de procurarse que la ventana se halle muy próxima, y de este modo se favorecerá el tiro con escape del óxido de carbón, productor en otros tiempos de tantas anemias.

Si se nos diera a elegir preferiríamos para la cocina espaciosas dimensiones; pero o esto es ahora casi imposible exigirlo, pues las modernas casas tienen que soportar, no sólo la carga de un excesivo precio del solar sobre el que se hallan asentadas, sino también el de la mano de obra en las construcciones. En su defecto se idean ingeniosos medios para ganar terreno en las pequeñas cocinas. Así, por ejemplo, en una donde hemos podido admirar que la puerta de un armario empotrado en la pared, al caer y sostenerse en declive sobre la pila de mármol, servía perfectamente de escurridor, volviendo a su posición normal en cuanto se enjugó la vajilla.

El suelo ha de ser de mosaico a grandes cuadros, de modo que pueda lavarse con agua abundante, y las paredes con azulejos en su totalidad o cuando menos a una altura considerable. En medio de ella una mesa de madera blanca con un rectángulo de blanco mármol para trabajar las masas de hojaldré, empanadillas y toda clase de dulces y pastelería. Y presidiéndolo todo, la cocinera limpiamente vestida con bata o delantal blanco envolventes y un gracioso gorrito que recoja los cabellos.

La tendencia moderna es que los utensilios se hallen a cubierto del polvo, y por lo tanto nada de espuereras relucientes en las paredes. Como antaño, sino armarios laqueados que puedan lavarse con facilidad, en claras tonalidades, y a la vista

sólo aquellos instrumentos que deban ser usados en la preparación de los manjares.

Todavía encontrará la mujer ocasión de alegrar con graciosa nota la sobriedad del conjunto, bien por la colocación en las ventanas de alegres y limpias cortinas blancas, o franjas de colores vivos y permanentes, y hasta con la presencia de algunos tiestos de claveles, de rosas o de geranios.

MARIA DE NAVARRA

EN EL TOCADOR

CORRECCION DE LAS ARRUGAS

Es mucho más fácil prevenir la formación de las arrugas, que borrarlas una vez que han aparecido, debiendo su formación a varias causas, como la mala salud, las preocupaciones, la falta de sueño o el descuido.

Sin embargo, los tratamientos de masaje facial dan magníficos resultados en la corrección de las líneas del rostro, y también para borrar las arrugas; no importa que éstas sean numerosas y profundas. El secreto del éxito de este masaje, estriba no solo en el cuidado con que se practique, siguiendo escrupulosamente las instrucciones que en otras ocasiones hemos dado, sino también en la constancia y regularidad con que el tratamiento se realice.

Si la cara se encuentra cubierta por una red de arrugas finas, y al mismo tiempo han aparecido líneas profundas alrededor de los ojos y de la boca; si la frente se halla surcada de huellas muy hondas, y el cutis de las mejillas y la barbilla está flojo y es extremadamente delgado, es preciso practicar el tratamiento de masaje facial por lo menos dos veces por semana.

Si las arrugas empiezan a surgir y apenas se nota la flojedad en la piel de mejillas, el tratamiento no debe ser tan frecuente; una vez por semana será bastante, y una cada diez días. Una frecuencia innecesaria en este sentido resultaría contraproducente.

Las arrugas del entrecejo aparecen con frecuencia en forma prematura, debido a algunos malos hábitos de gesticulación, muy comunes, sobre todo en las personas de mal carácter. Para borrarlas es necesario practicar un masaje energético que, partiendo del puente de la nariz, se extiende hacia arriba y hacia la línea de las cejas. Este masaje estará compuesto de pases suaves, pero continuados, seguidos de un ligero golpeteo con las puntas de los dedos. Si el masaje se practica con alguna crema alimenticia que contenga almendras, la piel se tornará más suave y más firme.

Para borrar las arrugas de las sienes empléense movimientos circulares, siempre partiendo de abajo hacia arriba. Y si los párpados están un poco ajados, puede también proporcionarse un ligerísimo masaje, cuidando de no estropear la delicada piel de esta región.

DE COCINA

POTAJE SABOYANO

Se majan cortezones de pan en caldo hirviendo del puchero y se colocan en una fuente que resista al fuego. Se espolvorea con queso rallado y se deja dorar ligeramente en el horno. Se le agrega caldo de rabanos y se sirve.

Imp. de M. Sintea Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón

La voz vibraba con algo de dolor y Gloria, que sabía de cuanto susceptibilidad era capaz aquella alma, respondió consoladora llenándole de gozo. Mientras tanto la noche había cerrado sus recintos, la luna brillaba alta y el tiseñor seguía cantando sus estrofas de madrigal coreado por el rumor acompasado de las olas. Una campana sonó la segunda señal para la comida.

—¡Diosmío!—exclamó Gloria arrancándose al dulce encanto.

—Perdóname—se disculpó el Conde levantándose rápidamente.—Es mía la culpa, pero ya me marchó. Yo también necesito arreglarme para asistir a la comida, a nuestra comida de esposales. Hasta luego, Gloria.

Como siempre, al despedirse de ella, la besó la mano. Paula entraba en aquel momento a vestir a su señorita y oyó el tuteo un poco sorprendida de él y de aquella visiva íntima en el cuarto de la joven. De pronto, al ver a la señorita de Róspide con un aire transigido y nuevo que no le conocía, la vieja doncella creyó adivinar...

Diez minutos después el conde de Fenollar entraba en el salón de los Tapices donde no tardó en reunirse la joven, muy elegante, dentro de la sencillez casi infantil de su vestido rosa.

—¡Muy bonita y muy bien vestida!... Como siempre. Decididamente será una admirable gran señora—pensó el

Conde al verla con el aire un poco turbado adelantarse llena de rubores hasta Pilar.

Llegóse entonces a Alfonso Róspide y le pidió licencia para ofrecer a Gloria un ramo de esposales, a lo que accedió el padre muy impresionado. Sacó el joven el pequeño estuche de piel blanca donde lucían las iniciales de Gloria entrelazadas, y desprendiendo del terciopelo un maravilloso brillante montado en platino, pulsó con mano trémula en el dedo de su novia, donde fulguró radiando como una gota de rocío sobre una flor.

Después, inclinándose ceremonioso con la caballeresca distinción que le acreditaba de señor al primer golpe de vista, besó largamente la mano un poco helada, un poco temblorosa también.

¡Prometidos! no faltaba más. Apoyada en el alféizar de la ventana abierta, Pilar, con los ojos húmedos había seguido esta rápida escena con una emoción palpitante... Sin darse cuenta de que a su vez Alfonso la contemplaba embebidamente... Y sentía no sé qué impresión dulce y consoladora al verle gozar en la dicha de otros seres a ella tan joven aún, tan hermosa y tan buena... A ella, a quien el porvenir ofrecía en sus hijos la promesa de una felicidad desconocida y abundante.

Alfonso Róspide, al mirar a los jóvenes, tuvo la rápida visión de un ho-

gar feliz, de unas cabecitas rizadas, de unos rasgos preciosos donde la hermosura divina de Gloria iba entremezclada con la arrogante belleza varonil, de Fernando, y unos angelitos adorables que llevarían en sus venas la ilustre sangre de Fenollar y ostentarían los apellidos reunidos en haz glorioso.

El suyo, honrado con su laboriosidad y su talento, y el de ella, el de aquella Pilar idolatrada. Y aquellos niños serían de ellos... de sus hijos, de Gloria y de Fernando, y en ellos podría amar nuevamente a aquella mujer encantadora y en ellos podrían gozar ambos con igual derecho, con igual orgullo, con igual amor, libre de recelos y de suspicacias.

Y entonces creyó el ingeniero que a pesar de su gran amor, nunca había amado tanto a su mujer, que nunca Pilar había sido suya, sólo de él como en aquel instante en que sus almas concentradas en el mismo objeto venían a tener, por fin, una misma ambición, un solo deseo, un amor único.

XXVII

Nos han dejado solos

Dos años más tarde, en un gabinete alegre y soleado de un hotel lindísimo de la Castellana, Pilar y la abuela de Gloria, hundían sus manos en un mar de encajes, sedas y pieles, exten-

didas en confuso desorden sobre un diván. Mientras tanto, Gloria, sin abandonar su calma serena de siempre, se ocupaba en cerrar cuidadosamente los estuches enviados pocos días antes por el conde de Fenollar, todavía en París, pero al cual se esperaba de un momento a otro. Aquellos estuches contenían los hermosos diamantes de los Fenollar, que montados de nuevo por un célebre joyero, había ofrecido Pilar a la futura Condesa. Una doncella, al lado de unos baules abiertos, esperaba la decisión de ambas señoras.

Hacia cerca de tres meses que la generala Aguilar se encontraba en Madrid en casa de los señores de Róspide, reclamada por Pilar Fenollar que quiso darle, con una justa preferencia, la dirección de todo lo concerniente al equipaje de su nieta y otros detalles relacionados con el próximo matrimonio.

Alfonso habíase mantenido siempre en buenas relaciones con su suegra. Esta, que era mujer de talento y de mundo, se guardó mucho de desaprobárselo pasado ya ocho años desde la muerte de su hija y siendo Alfonso muy joven todavía para resignarse a pasar la existencia como un benedictino; pero la ilustre generala accedió siempre las sinceras invitaciones que Alfonso y Pilar le hicieron para que les acompañase algunas temporadas con Gloria, ora en Madrid, ora en el castillo

de Fenollar, donde generalmente pasaban los veranos.

Esto, no obstante, no fué óptica para recibir a Pilar con afectuosa y digna cortesía las escasas veces que ésta, al devolver a Gloria al final de unos meses pasados en casa de su padre, la acompañó a Toledo... Comprendida la de Fenollar que algo amargo y doloroso se alzaba en el alma de la anciana señora al verla a ella ocupar el puesto que su hija ocupara años antes; y conoedora también de las humanas penas, disculpaba a la madre y ofrecía una respetuosa simpatía a la mujer... Pero el proyectado enlace de Gloria y de Fernando fué a romper el hielo estrechando los lazos entre aquellas dos mujeres y haciéndolas, con el trato íntimo, estimarse una a otra en su justo y cabal valor.

La abuela, conoció a Fernando la primavera anterior, pues con motivo de la estancia de Gloria en casa de su abuela, el Conde pasó una temporada en Toledo. La generala no taró en apreciar sus buenas cualidades y como él, cariñoso y atento, estuviere con ella muy expresivo y afectuoso, concedióle toda su estimación.

Llevaba el Conde una vida intachable en París, vida que hacía desesperar a la Baronesa de Fonty que tal vez esperó apasionadamente de nuevo entre sus garras. Consagrábase a su carrera y dedicaba sus ocios a escribir trabajos